

Nasó

26.05.2018
12 Sivan 5778

573

Argentina * Hevrat Pinto

Viamonte 2715 • 1213 Buenos Aires • Argentina
Tel: +5411 4962 4691
hevratpinto@gmail.com



México * Ohr Haím Ve Moche

OR JAIM VEMOSHE
Fuente de trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del
Tzadik

12 - Rabí David Pardo, autor de Shoshanim LeDavid.

13 - Rabí Yaakov Mutzafi.

14 - Rabí Nissim Yaguén.

15 - Rabí Yedidia Refael Jay Abulafia, autor de Dérej VeShalom.

16 - Rabí Guedalia Nadel.

17 - Rabí Moshé Leib Shapira, autor de Tabaot HaJoshen.

18 - Rabí Yerujam Leibovitz.

Boletín Semanal Sobre la Parashá

PAJAD DAVID

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto ztz"l y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto ztz"l



Maskil leDavid

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto *shlita*, sobre parashat hashavua

Ser el primero en cuanto a santidad

"Trajeron sus ofrendas delante de Hashem: seis carros cubiertos y doce toros" (Bamidbar 7:3)

Rashí explica: "Rabí Natán dijo: '¿Qué motivó a los príncipes a ser los primeros en tomar la iniciativa de donar, mientras que cuando hubo que donar para la construcción del Mishcán no lo hicieron? Más bien, así dijeron los príncipes en la recolecta para el Mishcán: 'Que el pueblo done lo que quiera, y lo que haga falta lo completaremos'. Y por cuanto el pueblo donó al punto que no sólo no hizo falta completar, sino que, por el contrario, sobró — como dice el versículo: 'Y la labor bastó'—, dijeron los príncipes: '¿Qué haremos ahora?'. Entonces, ellos donaron las piedras de Shóham y de Miluím para el Efad y para el Joshen. Por eso, en esta ocasión, se dice que fueron ellos los primeros en donar. Y ya que no fueron ordenados a dar, sino que ellos donaron por iniciativa propia los carros cubiertos, Moshé no estuvo convencido de recibir de mano de ellos hasta que Hashem le dijo: 'Toma de ellos, y servirá para hacer la labor de la Tienda de Reunión' (ibídem 7:5)".

Aparentemente, esto es objetable: ¿Por qué, en verdad, Hashem no le ordenó a Moshé que preparara carros para cargar el Mishcán? ¡Si las vigas del Mishcán eran demasiado pesadas; no se podían cargar a mano! Si no hubiera sido porque a los príncipes les surgió del corazón donar los carros, no habría sido posible levantar las vigas de la Tienda de Reunión y llevarlas de un lado a otro en los viajes que realizaron por el desierto. ¿Por qué, entonces, no recibieron tal orden explícitamente de Hashem Yitbaraj?

Pienso que se puede explicar, con ayuda del Cielo, que HaKadosh Baruj Hu tenía desde el principio la intención de no ordenarles al respecto, con el fin de dejarles la puerta abierta para que se apresuraran a hacerlo por cuenta propia. HaKadosh Baruj Hu quiso probarlos y saber si ellos, por iniciativa propia, iban a deducir que para el Mishcán hacían falta los carros y los iban a donar, o si también en esta ocasión iban a flojear y esperar a que sea ordenado explícitamente. El hombre en cuya alma arde el amor por Hashem Yitbaraj debe ser el primero en todo lo que esté relacionado con santidad; debe ser como Najshón ben Amínadav, quien se apresuró en servir a Hashem y no esperó a que los demás se movieran a hacerlo; no se debe esperar a que le ordenen hacerlo explícitamente. Y ya que en la donación para el Mishcán los príncipes fueron perezosos y esperaron, ahora corrigieron aquello, apresurándose a cumplir la mitzvá; ellos mismos se despertaron a donar los carros que cargarían el Mishcán.

Y HaKadosh Baruj Hu le ordenó a Moshé Rabenu "Toma de ellos", pues toda Su intención había sido la de ponerlos a prueba. Hashem quería ver si iban a ser diligentes en su servicio a Hashem, e iban a despertarse por cuenta propia para agregar lo que era necesario en el servicio de Hashem, o si incluso en esta ocasión iban a flojear y esperar a que la orden sea dada. Y, en efecto, los príncipes pasaron la prueba; de inmediato, donaron los carros, ya que aquel en cuyo corazón arde el amor por Hashem y Su Torá pone toda su atención para actuar y aumentar en el servicio a Hashem, aun cuando no haya sido ordenado que lo haga.

Por lo tanto, la Torá se playó mucho en la ofrenda de los príncipes, y detalló con amplitud qué fue lo que había ofrecido cada príncipe. En la donación de los carros, se extendió en la descripción de cada detalle, ya que cada

uno de ellos lo hizo por voluntad propia, de buena gana y de todo corazón.

Y ya que lo hicieron por iniciativa propia y demostraron ingenio en ser los primeros en cuanto a algo de santidad, HaKadosh Baruj Hu apreció mucho sus ofrendas, y no escatimó en palabras para elogiarlos frente a las masas. De aquí, el hombre debe aprender a ser diligente y así salir recompensado; debe pensar siempre de qué forma embellecer y aumentar más y más en el servicio a Hashem Yitbaraj, pues con ello demuestra su amor por Él.

¿Cómo puede el hombre lograr despertar su corazón para servir a Hashem Yitbaraj y ser diligente y primero en lo que respecta a santidad?

La respuesta es que debe sentir emoción en el servicio a Hashem y en el estudio de Torá. Como dice David HaMélej (Tehilim 55:15): "En la casa de Dios, andaré con emoción". Una gran emoción y ansia poderosa tenía David HaMélej al ir al Bet Midrash. Todo a lo que aspiraba su alma era (ibídem 27:4): "Me senté en la casa de Hashem todos los días de mi vida para ver cuán agradable es Hashem y visitar Su aposento". Estas palabras de David HaMélej se explican así: por un lado, él quería estar fijo en la casa de Hashem todos los días de su vida, pero, por otro lado, él quería que ello sea en condición de "visitar Su aposento", es decir, cada vez que entraba a estudiar al Bet Midrash le pareciera como una visita, como que llegaba a un lugar nuevo, de forma que el asombro y entusiasmo por la santidad no se extinguiera, que dicha llama no se apague. Así no caería en la trampa de la costumbre; así su Torá no sería como un hábito —jalila—. Esa era la plegaria de David HaMélej.

Si en el hombre existe una emoción como esa en el servicio a Hashem, por ende, su alma ansía ser de los que toman la iniciativa y aumentan en el estudio de la Torá y el cumplimiento de las mitzvot, y así liderar en todo lo que involucre mitzvá y santidad.

Si el hombre amerita tal emoción al sentarse en el Bet Midrash, obligatoriamente, continuará con tal emoción cuando sale de las paredes del Bet Midrash; vivirá siempre ese ambiente de santidad, y no dejará que ese despertar permanezca en los bancos del Bet Midrash. No saldrá de ahí carente de la percepción espiritual, sino que tendrá cuidado de continuar con ese sentimiento a cada paso que dé en su vida, como dice el versículo (Mishlé 3:6): "En todos tus caminos, concélelo".

Se puede aludir a ello del versículo (Bamidbar 4:21): "Cuenta también a los hijos de Guershón". Se puede considerar que el nombre de Guershón proviene de la palabra en hebreo hitragshut, que significa 'emoción', y se refiere a quien realiza el servicio a Hashem con emoción, con calidez y con amor. Todo su cuerpo es como un fuego que arde por Hashem Yitbaraj y él amerita ser "elevado", liderar y ser el primero en todo lo que tiene que ver con la santidad, y puede estar seguro de que continuará elevándose espiritualmente con constancia.

Así acostumbraron los príncipes de Israel, cuyos corazones estaban alertos, llenos de entusiasmo por Hashem Yitbaraj, y estaban envueltos de la emoción por las cosas sagradas. Por lo tanto, fueron diligentes en tomar la iniciativa de donar los carros, los toros y los sacrificios, y HaKadosh Baruj Hu apreció mucho tal acción.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Tema de actualidad

Al ver la verdad, se siente temor

En una oportunidad, en Argentina, me pidieron que pasara la noche en el hospital acompañando a una persona enferma. Cuando me levanté de la incómoda silla de plástico en la cual había pasado la noche, fui a abrir la puerta de la habitación para que se ventilara y a estirar las piernas. Era Tishá BeAv, el día que guardamos duelo por la destrucción del Bet HaMikdash, y deseaba ir al Bet HaKnéset para las plegarias matutinas, la lectura de la Meguilat Ejá y la recitación de kinot.

En ese momento, apareció un sacerdote con barba blanca. Al verme se sorprendió, y un instante más tarde su rostro manifestaba un verdadero temor. Me pregunté de qué se había asustado. Para calmarlo, lo saludé y le deseé un buen día.

Pero el sacerdote iba de mal en peor. Todo su cuerpo comenzó a temblar. Estiré mi mano para evitar que se cayera. Lentamente recobró el equilibrio y comenzó a tartamudear en español. Le dije que no conocía el idioma, ya que solamente hablo francés, inglés y hebreo.

Finalmente, se permitió sonreír. Lo ayudé a entrar a la habitación y coloqué una silla ante él. Luego de unos instantes, me dijo: “En la entrada del hospital, hay varias fotografías de personas de diferentes religiones. Todos tienen barbas blancas o grises, lo cual les brinda un aura de santidad. Mirar esas fotografías me resulta indiferente. Pero al verlo a usted, sentí de inmediato un enorme temor y reverencia. ¿Por qué no siento nada hacia

los hombres sagrados de otras religiones, quienes se ven parecidos a usted, y sin embargo, al verlo a usted, me embarga un temor indescriptible?”.

Como él había iniciado la conversación, decidí dar vuelta el tablero. Le pregunté cuál le parecía que era la respuesta. Trató de evitar responderme, pero no lo dejó escaparse. Finalmente dijo: “La diferencia entre un rabino judío y los sacerdotes de otras religiones es que los judíos tienen la verdadera Torá. Cuando la verdad te mira a los ojos, se siente temor”. Levantó su túnica y salió de la habitación.

Cuando partió, pensé que después de haber experimentado semejante iluminación, ese sacerdote sin ninguna duda desearía convertirse al judaísmo. Pero luego comprendí que nunca se convertiría. Su alma nunca estuvo al pie del Monte Sinai. Hay muchos reyes y presidentes que van a pedir la bendición de un Tzadik y disfrutan oyendo las plegarias de los judíos, sin embargo, no se convierten. Esto se debe a que nunca recibieron la Torá como los Hijos de Israel en el Monte Sinai, y nunca oyeron a Dios decirles: “Yo soy el Eterno”.

Un no judío que nunca recibió la Torá puede admirar los rituales judíos, pero esa admiración no es un boleto de entrada para unirse a nuestro pueblo. Por otro lado, hay muchos conversos justos que se unieron a nuestro pueblo. Ellos tienen una chispa de alma judía. Como esa chispa estuvo en el Monte Sinai junto con todos los Hijos de Israel, luego de reconocer la verdad de la Torá, sus almas se unen a las almas de nuestro pueblo y ellos se convierten de acuerdo con la halajá.

¡No en vano lo viste!

“Desde semillas hasta piel de uva no comerá” (Bamidbar 6:4)

En el Tratado de Sotá 2ª, está escrito: “El que ve a una sotá en su defecto deberá hacer un voto de nazir y alejarse del vino”. Y Rashí explicó que “su defecto” quiere decir ‘en su deterioro, en su vergüenza’.

¿Dónde podía ver una persona a una sotá en su deterioro, en su vergüenza? Definitivamente, en el Bet HaMikdash. ¿Y qué hacía esa persona en el Bet HaMikdash? Iba a elevarse y purificarse. ¿Acaso esa persona se encuentra expuesta a tanto peligro, al punto que con el sólo hecho de ver queda afectada? ¡Y no se trata de ver el pecado, sino el castigo!

Rabí Israel de Salant, zatzal, explicó este asunto: El ver a la mujer sotá no es la razón, sino la prueba. La persona que veía a una sotá en el Bet HaMikdash debía preguntarse: “¿Por qué desde el Cielo se orquestó todo de forma que tuve que ver esto? ¿Por qué llegué aquí justo hoy?”. Esto no era sino para señalarle que no bastaba con subir una vez al Bet HaMikdash, sino que debía hacer un voto de nazir y alejarse del vino.

Eso es lo que dijo el Profeta Tzefaníá en nombre de Hashem (Tzefaníá 3:6): “Hice destruir naciones; sus habitaciones están solas”. A veces, el Creador del mundo destruye una nación por completo, y a veces sólo lo hace parcialmente, y hace que una región, una provincia o una ciudad queden desoladas. O, a veces, Hashem dice: “He dejado desiertas sus calles hasta no quedar quien pase. Sus ciudades han quedado desoladas, no ha quedado ni un hombre ni un habitante”. ¿Y por qué todo esto? Dijo Hashem: “Yo Me decía: ‘Ciertamente [Israel] Me temerá, recibirá corrección’”, sobre lo cual Rashí explica: “Traje calamidades a las naciones [de no judíos] para que [los Hijos de Israel] vean y teman ‘y no sea cercenada su morada’, es decir, que las casas de Israel no sean destruidas —jaila—. Y no sólo eso, sino que tampoco sea cercenado ‘todo lo que le ordené’, o sea, que no sea despojado de ella todo el bien que ordené que le sea dado.”

En relación con este tema, el Maguid, Rabí Yaakov Galinski, zatzal, relató una historia maravillosa:

Un judío residente en China se dedicaba a la importación. Debido a su negocio, viajó a Europa, y pensó que, de paso, podía desviarse un poco e ir a la ciudad de Radin y recibir una bendición del Jafetz Jaím.

Una vez donde el Tzadik, éste le preguntó: “¿Qué cuentas de China?”.

El viajero suspiró y le contó que los judíos son muy pocos, las congregaciones son pequeñas y no hay guía ni rabino, instructor o degollador ritual.

Respondió el Tzadik: “¡La angustia de las masas es lo que sufrimos en nuestros tiempos! Eso mismo escucho de los judíos del norte y del sur de América; de África del sur y de Australia. Es una prueba difícil, pero se puede pasar. Escribí el libro Nidjé Yisrael para ustedes. Tómallo como regalo, estúdialo y enséñalo a los demás. ¿Qué más cuentas de China?”.

Se sorprendió de la pregunta, pero le relató: “Una represa se partió e inundó todo un valle amplio. Hundió aldeas y arruinó cosechas. Miles se ahogaron y cientos de miles quedaron sin techo...”.

El Jafetz Jaím se estremeció, y se interesó en más detalles del suceso. “¡Ay! ¡El Atributo de Justicia se está extendiendo!”, dijo.

El viajero se atrevió a preguntar: “Rabí, ¿qué tiene que ver con nosotros?”. El Jafetz Jaím le respondió: “Si una persona coloca una caja de madera en medio de una plaza central de Varsovia, la capital de Polonia, se para sobre ella y comienza a decir un discurso en yiddish, ¿a quién está dirigiendo sus palabras?”.

El viajero respondió: “Sin duda, a los judíos”.

Dijo el Jafetz Jaím: “¿Por qué? ¡Si ellos son la minoría y la ciudad es enorme!”.

“En efecto”, dijo el viajero, “pero sólo los judíos entienden ese idioma”.

“¡Así es precisamente!”, dijo el Jafetz Jaím. “Esas desgracias son señales desde el Cielo, ¿pero para quién son esas señales? Solamente para quien ‘entiende el idioma’... ¿Qué saben los chinos de las señales que indican que el Atributo de Justicia se está extendiendo? Esas señales están dirigidas a nosotros, para que cambiemos, nos arrepintamos y hagamos teshuvá. ¿Pero cómo sabremos de esas señales? Desde el Cielo arreglan que un judío de China llegue a Europa, venga a Radin y lo relate. Así aprendemos la lección y volvemos en teshuvá de inmediato”.

Haftará



La Haftará de la semana: “**Vaihu ish ejad**” (Shofetim 13).

La relación con la parashá: en la Haftará se relata acerca de la condición de nazir de Shimshón, la instrucción que su madre recibió del Profeta en lo que respecta al cuidado del estado de nazir; y de esto trata la parashá, que trae los temas relacionados con el nazir y sus mitzvot.



SHEMIRAT HALASHON

Ejemplo personal

La persona debe cuidarse siempre de que en su casa nunca la escuchen pronunciar ninguna palabra de desprecio acerca de su compañero, pues, si ella misma transgrede esta prohibición, provoca un gran defecto en este aspecto —independientemente de la transgresión misma—, pues ya no tendrá ninguna excusa para evitar que los demás miembros de su casa lo transgredan. Y, por lo general, la conducta de los miembros de la casa en este respecto depende del dirigente de la casa. Por lo tanto, el dirigente debe cuidarse mucho en este tema, así estará bien tanto en este mundo como en el Venidero.



Jazak uvaruj

Reforzar la unión y recibir la bendición

En los últimos días de Rabí Shmuel Aharon Líder, su vista había comenzado a fallar, por lo que le recomendaron un tratamiento médico que habría de ayudarlo a recuperar la vista por completo. Para sorpresa de los miembros de su familia, Rabí Líder se rehusó a hacer el tratamiento, diciendo: “¡Esta es una oportunidad; un regalo del Cielo! ¡Lo ojos no verán, de modo que no tropezaré en su cuidado! ¿Acaso hay mayor bendición que esta?”.

Sus hijos se asombraron, pero, de todas formas, les era muy difícil ver cómo se deterioraba su visión. Se dirigieron al Rav de Bené Berak, Rabí Moshe Leib Landau, shlita, quien se apresuró a ir a la casa de Rabí Líder y le decretó que tenía la obligación de hacer el esfuerzo de curarse, y que tenía que hacer el tratamiento. Para convencerlo, el Rav Landau le dio una segulá como “regalo”: cada día debía contar los hilos que componen los tzitzit, uno a uno, 32 hilos en total, la cual es una segulá para la salud de los ojos. Rabí Líder comenzó a hacer la segulá; al cabo de unos días, atestiguó que su visión había mejorado hasta volver a ser lo que era antes.

Es asombroso ver cómo un judío sagrado, de edad avanzada (próximo a los noventa años), cuidaba de tal forma la santidad de su vista, al punto que prefirió perder la vista con tal de no tropezar en ello. También vale la pena adoptar la segulá de contar los hilos de los tzitzit con el fin de cuidar la salud de los ojos por muchos años.

El punto más central de nuestro cuerpo, cuya santidad y pureza debemos observar y cuidar meticulosamente, es el cerebro. Siendo el miembro central del cuerpo —el oficial de más alto rango de entre los miembros del cuerpo, y el procesador principal de todos los datos—, la importancia de la limpieza y pureza del cerebro es crítica. El cerebro es el gerente y el oficial por cuya orden se realizan las cosas, y es el sistema automático que opera todas nuestras funciones; y para que la persona comience a santificarse, hay que comenzar precisamente por el cerebro, accionando la elevación y la pureza.

En el mundo de la medicina, el cerebro ocupa el lugar principal, pues es el procesador central de nuestras vidas. Por ello se le adjudica mucha importancia al cuidado y calidad de su salud con el fin de que pueda llevar a cabo la variedad de funciones críticas de las que es responsable. El cerebro entiende, desglosa y alberga lo que leemos y aprendemos, y cuando, más adelante, necesitamos de aquella información que adquirimos, ya sea por lectura o por escucha, la función del cerebro es recolectar esa información del pasado que es relevante en el presente y hacerla surgir del seno de la memoria, procesar genialmente los datos y hacernos actuar de la forma correspondiente.

El agente con mayor influencia en las funciones del cerebro son los ojos. Y no en vano los ojos son los miembros del cuerpo más cercanos al cerebro. Esto refleja la influencia de aquello que vemos y observamos con respecto a las funciones que suceden en la profundidad del cerebro. Nuestros Sabios dijeron que “los ojos ven y el corazón anhela”; es decir, lo que ven los ojos es lo que más afecta nuestros deseos y anhelos; lo que vemos se convierte en anhelo, en voluntad, en algo con lo que nos conectamos.

Por eso, precisamente, para mejorar el desempeño del cerebro y hacer que sea lo más efectivo posible, hay que empezar por los ojos, el agente que más influye en él. El que quiere ameritar elevarse en Torá, recordar lo estudiado, vivir su Torá, sentir un acercamiento a Dios —a la vez que la Torá ocupa un lugar central en su vida— tiene que empezar por el cuidado de la vista. Quien quiere un cerebro desarrollado, excelente memoria, procesamiento de datos rápido, buenas invenciones y destellos de genialidad, debe comenzar por el cuidado de la vista, observar su santidad y asegurar su claridad (según lección del Rav Asher Kobalski, shlita).

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



Alejar la cualidad del orgullo

“Si la esposa de un hombre se descarría y le es infiel” (Bamidbar 5:12)

La parashá habla de la esposa de un hombre que se oculta con un fulano, y el esposo de ésta sospecha que ella pecó con aquel y se impurificó, y entonces, la lleva al cohén para que le dé de beber las aguas amargas que traen maldición y averiguar así si en verdad pecó. El versículo dice (ibídem 5:27-28): “Y si se impurificó y le fue infiel a su esposo, vendrán a ella las aguas que traen maldición, se hinchará su vientre y se caerá su muslo, y dicha mujer será una maldición en el seno de su pueblo; pero si la mujer no se impurificó, y está pura, quedará limpia y engendrará”.

Dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Avot 4:21): “Los celos, los placeres y el honor sacan a la persona del mundo”.

La intención de nuestros Sabios es que la persona sepa que dichas cualidades despreciables no sólo la sacan del Mundo Venidero, sino que la sacan también de este mundo, ya que el que es orgulloso nunca está dispuesto a reconocer sus errores, sus faltas; aun cuando ve que la soga le está apretando el cuello, permanece inmutable, y trata de “purificar” de toda forma posible el reptil que sostiene en la mano, diciendo “No pequé”.

Y yo sostengo que esa cualidad deshonrosa es la que echó a perder a la mujer sotá. El orgullo que tenía no la dejó reconocer sus malas acciones y no estuvo dispuesta a ver que era culpable. Por ende, aun cuando ella veía que su muerte era inminente, y en un momento más, iba a tener que beber las aguas que traían maldición e iba a reventar su alma, aun así se mantenía en su posición, con la frente en alto, y dijo: “Estoy pura”, pues así se conduce el arrogante, quien está dispuesto a salir de este mundo —y del Mundo Venidero— con tal de no reconocer su error.

Es por ello que esta parashá se lee inmediatamente después de la festividad de Shavuot, la festividad de la entrega de la Torá, para que la persona sepa y entienda cuán baja es dicha cualidad del orgullo, la cual hace descender a la persona a lo más bajo. Quien sea arrogante no puede ameritar que la Torá se pose en ella.

Por eso se yuxtapuso la parashá de sotá con la entrega de la Torá, para que la persona sepa y se cuide de la cualidad de la arrogancia, y se aleje de ella lo más posible, y adquiera e inculque en su ser la cualidad de la humildad, que es la raíz de todas las buenas cualidades, y por medio de la cual la persona amerita que la Torá se pose en ella y que su alma la internalice.



Los cohanim nos están buscando

“Así les dirás a los Hijos de Israel” (Bamidbar 6:23)

La palabra “así” implica “de esta forma”, es decir, la forma como se debe bendecir a Israel. Y eso es algo asombroso, ya que la Torá debió ordenar primero que se debe bendecir, y sólo después explicar la forma como se debe proceder a bendecir.

El Imré Emet explicó que la cualidad de los cohanim era la bondad; así se enseñó: “Sé como los alumnos de Aharón, ama la paz y persigue la paz. Los cohanim desean ardientemente y buscan en todo momento bendecir a Israel, por lo que no hace falta ordenarles bendecir, más bien, sólo falta enseñarles cómo hacerlo...”

Hombres de Fe

Enseñanzas de vida tomadas del libro “Hombres de Fe” sobre los tzadikim de la dinastía Pinto

Un hombre sagrado e imponente

Meknes era una ciudad repleta de eruditos. El Rav de la ciudad no estaba contento con la actitud de muchos de los miembros de la comunidad, ya que, debido a sus conocimientos de Torá, se consideraban superiores a él y en cada ocasión que se les presentaba discutían sus opiniones. Siempre había una controversia entre el Rav del lugar y otros estudiosos.

En una oportunidad, cuando Rabí Jaím llegó de visita a la ciudad, el Rav de Meknes le confió el problema que tenía con los eruditos de la ciudad, quienes no le brindaban el debido honor y discutían sus decisiones halájicas.

Con gran empatía, Rabí Jaím le dijo:

—Esta generación no desea aceptar la verdad. En consecuencia, surgen muchas discusiones que no son por amor al Cielo. Sin embargo, como Rav de la ciudad, usted siempre debe comportarse con integridad e intentar disminuir el disenso tanto como sea posible. Antes de que usted fuera nombrado Rabino del lugar por el Bet Din local, usted fue nombrado Rabino del lugar por el Bet Din Celestial. Por lo tanto, todos están obligados a honrarlo.

Rabí Jaím fue al Bet Midrash donde se encontraba uno de los estudiosos que no honraba al Rav de la ciudad. Lo reprendió y le dijo que su comportamiento no manifestaba el camino correcto de la Torá; por el contrario, estaba profanando la Torá. Y agregó que todo el que manifiesta desdén hacia la Torá finalmente será despreciado por los demás.

Evidentemente, esa persona no era un verdadero sabio de la Torá, ya que le respondió con audacia, ridiculizando al Tzadik:

—¿Quién es usted? No es suficiente con que venga a recolectar limosnas, sino que también viene a reprenderme... Tome dos monedas y regrese a su pueblo. No venga a decirnos cómo debemos vivir...

Con gran sabiduría, Rabí Jaím permaneció callado y no le respondió. Trató que esta persona lo acompañara a una habitación en la cual no había nadie para poder explicarle

su error, pero debido a que no estaba dispuesto a hacerlo, Rabí Jaím tuvo que pedir a todos los que se encontraban en esa habitación que salieran.

Cuando todos salieron de la habitación, Rabí Jaím lo reprochó gentilmente, diciéndole:

—Sus palabras no son correctas. De hecho, puedo probar que se comporta con falsedad.

—¿De qué manera?

—En Taanit Ester, usted no se sintió bien y tomó una porción de torta para comerla. Sin embargo, en ese momento alguien llamó a la puerta. Y entonces, temiendo que lo vieran comer en un día de ayuno, rápidamente ocultó la torta en el bolsillo de su caftán...

El Tzadik continuó revelando los actos ocultos de esta persona.

—Después de eso, se fue a otra habitación para poder comer, lo cual hizo sin recitar la bendición correspondiente porque temía que lo vieran y deseaba hacerlo lo más rápido posible. Cuando terminó de comer, bebió agua de una jarra y mojó toda su cabeza con agua. Desde entonces, sufre de dolores de cabeza.

El hombre comprendió que se encontraba ante la presencia de alguien sumamente sagrado e imponente, que percibía la verdad absoluta. No tenía sentido negar sus palabras ni contradecirlas. Cayó a los pies del Tzadik y besó su mano, suplicando con lágrimas que lo perdonara.

Los congregantes que esperaban afuera de la habitación fueron invitados a la seudat mitzvá que el hombre arrepentido organizó en honor de Rabí Jaím. Ante el Rav de la ciudad y de toda la comunidad, expresó su arrepentimiento y suplicó perdón por su mala conducta. Y decidió solemnemente ser cuidadoso de proteger el honor de los líderes de la Torá.

El Rab Aharón Jasín, zatzal, autor del libro Maté Aharón, quien fue Rosh Av Bet Din en Mogador, fue testigo ocular de este evento.